

en 1788 por D. MANUEL FERNANDEZ DE SALAZAR, donde se canta el mayor lauro de Teruel. — En 1806, y en Madrid, salieron las noticias históricas sobre los amantes de Teruel, por D. Isidoro de Antillon, quien por falta de documentos útiles y un tanto de escepticismo no supo apreciar atinadamente la verdad. — A 19 de Enero de 1837 estrenóse, con desusado aplauso en el teatro del Príncipe, el drama en cinco actos, en prosa y verso de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. — Las prensas de Valencia en 1838 publicaron la novela de *Marcilla y Segura*, ó los *Amantes de Teruel*, historia del siglo XIII, por D. ISIDORO VILLARROLLA. — En el mismo año la noticia histórica de la conquista de Valencia por D. LUIS LAMARCA, donde se toca este particular. — Cuatro años después en la propia ciudad, dió á la estampa D. ESTÉBAN GABARDA su historia de los amantes de Teruel, escrita con claridad y acierto, acompañada de curiosos documentos, y de excelentes observaciones críticas; obra de la cual ha hecho una segunda edicion en Teruel notablemente aumentada en 1864. — Un excelente artículo del mismo señor Hartzenbusch en el periódico intitulado *El laberinto*, correspondiente al 16 de Diciembre de 1843. — Cuatro pliegos impresos en Valladolid, año de 1852 (extracto de la novela valenciana de 1838) que venden los ciegos por las calles. — Y por último la novela original de Renato de Castel-Leon titulado *Los amantes de Teruel* ya citada, con un notable prólogo del señor Hartzenbusch, impresa en Madrid por M. Minuesa en 1861.

Tales son todas las obras á que ha dado origen el trágico suceso de Isabel de Segura y Marcilla; que mientras existan corazones sensibles serán objeto de admiracion, como emblema del verdadero amor, único que puede inspirar las palabras que el señor Hartzenbusch, pone en boca de Isabel.

Nuestros amores,  
Mantuvo la virtud libre de manchas;  
Su pureza de armiño conservemos. —  
Aquí hay espinas, en el cielo palmas.»

## BEATRIZ ALFONSO

HIJA DE ALFONSO EL SABIO Y REINA DE PORTUGAL.

Al bajar al sepulcro el glorioso conquistador de Sevilla, comenzó con el X Alfonso el periodo de engrandecimiento intelectual para la monarquía castellana, como desde Alfonso VI hasta Alfonso el Sabio habia corrido el de su engrandecimiento material. No ha de ser sin embargo afortunado el hombre, que mas grande que su siglo, dotado de privilegiado ingenio, pronto para sublimes concepciones, pensador como filósofo, de alto criterio como historiador, fácil poeta, profundo matemático y astrónomo, reformador del idioma patrio y legislador insigne, hubiera alcanzado en cualquiera otra época el mas respetuoso amor de sus pueblos; aquel sabio monarca mal comprendido solo alcanzó en cambio el lento y continuado martirio del alma, con que una familia y un pueblo que no le merecian, recompensaba sus esfuerzos por engrandecerlos. Siempre fué triste condicion del hombre que todos los iniciadores de los grandes pensamientos, hayan agotado durante su vida la copa del dolor, alcanzando solo la gratitud de sus hermanos, cuando muchas veces han desaparecido hasta los restos mortales del hombre privilegiado por su genio, pero desheredado de la fortuna.

Parece destinada la humanidad en su peregrinacion sobre la tierra, á regar con su sangre ó con sus lágrimas el árido campo de la vida, para alcanzar la redencion de su ignorancia ó de su ventura.

Por eso el autor de la *Crónica general de España*, de las *Cantigas y Querellas*, de las *Tablas astronómicas*, del Es-

*peculo*, del *Fuero real* y de *las Siete Partidas*, despues de reinar treinta y dos años, de haber tenido en sus manos una corona imperial, vivió y murió pobre, oscuramente, desamparado de sus hermanos, perseguido por los nobles, menospreciado por su pueblo, empeñada su corona á un príncipe africano para poder vivir algunos dias mas con el precio de su última alhaja, y lo que es peor todavía, combatido y abandonado por sus mismos hijos.

Por todos no. Todavía como dulce lenitivo á sus pesares, quédale un amigo á quien pueda decir

«A tí Diego Perez Sarmiento, leal,  
Cormano y amigo, y firme vasallo,  
Lo que á míos homes de vista les callo,  
Entiendo decir, planiendo mi mal;»

y una hija, en Doña Beatriz, Reina de Portugal, que vuela á su lado para endulzar con su filial cariño los tristes dias de prematura ancianidad del desventurado monarca.

Hija del amor, sino de legitima union, habia nacido Doña Beatriz de Doña María Guillen de Guzman, amiga de Alfonso X, y tales dotes mostró desde su mas tierna infancia, que su padre, viendo en ella reflejarse su levantado espíritu, la miró siempre con especial predileccion y cariño.

Nacido de Doña Urraca, hermana de Berenguela la grande y de Blanca, madre de San Luis, Alfonso de Portugal, habia pasado á Francia llamado por su regia tia, y allí contrajo matrimonio con la condesa Matilde de Borgoña, señora de avanzada edad, y que inspiraba pocas simpatías al jóven príncipe. Reinaba á la sazón en Portugal su hermano Sancho II, llamado Capelo, y como pueblo y magnates le acusarían de incapacidad para mandar, no le fué difícil á Alfonso sentarse en un trono que casi podía considerarse vacante.

Al verse en tan elevada posición, echó de menos una esposa jóven y de distintas condiciones que la condesa Matilde, y entonces fué

cuando, poco escrupuloso á la verdad, como solian serlo en aquella época reyes y magnates, sin tener en cuenta el matrimonio anteriormente contraido, se casó con Doña Beatriz, llevándole esta en dote el Algarbe (1253).

Como naturalmente habia de suceder, el Pontífice intentó disolver aquel matrimonio, contraido sin embargo de mediar impedimento dirimente, pero no pudiéndolo conseguir por el amor que el rey profesaba á su esposa, puso al monarca y al reino en entredicho.

Mientras estos acontecimientos tenian lugar llegaba el año 1258, en el que habiendo fallecido Sancho Capelo, fueron proclamados solemne y pacíficamente reyes de Portugal Alfonso y Beatriz. Cuatro años mas tarde, la muerte de la condesa Matilde facilitaba el medio de que terminasen las cuestiones pendientes con Roma, lo cual pudieron conseguir despues de activas gestiones los obispos portugueses, alcanzando tambien que se dispensara el parentesco que existia entre el Rey y la Reina, y que se declarasen legitimos los dos hijos que tenian, Blanca y Dionisio.

Querida de su pueblo por las altas virtudes que la adornaban, continuó Doña Beatriz al lado de su esposo hasta el año 1279 en que falleció el Monarca lusitano, y como Reina viuda permaneció despues en Portugal: pero en el momento en que tuvo noticia de la inalicable rebelion de Sancho el Bravo, abandonando su Corte, sus hijos y cuanto tenia en Portugal, corrió al lado de su padre, ofreciéndole cuanto poseia y el inapreciable tesoro de sus consuelos, así como la espada y esfuerzo de muchos hidalgos portugueses que acudieron con ella tambien en socorro del desgraciado Alfonso X.

Profundamente reconocido, el sabio Rey hizo donacion á Doña Beatriz de algunas villas, de las pocas que poseia, consignando en auténtico documento la gratitud de su corazón, con estas notables palabras «viendo Doña Beatriz el levantamiento de los fijos contra el «padre, y conociendo lo que ellos no conocian, desamparó sus fijos «y heredamientos, y todas las otras cosas que habia, y vino á padecer «aquellos que Nos padecemos, para vivir y morir con nosco.»

El ejemplo de Doña Beatriz fué tambien imitado por los infantes Don Jaime y Don Juan, con lo que muy pronto varios ricos-hombres y no pocas ciudades y villas alzaron igualmente pendones por su antiguo monarca.

Nada tan fecundo como el ejemplo de las buenas acciones. Al ver la conducta de sus hermanos y sobre todo la noble decision de Doña Beatriz, el mismo Don Sancho sintiendo el torcedor de su conciencia, quiso entrar de nuevo en el abandonado camino del deber, y sabiendo que Don Alfonso se hallaba en Constantino pasó á Guadacanal intentando una entrevista con el autor de sus dias.

No cuadraba esto á los ambiciosos intentos de los magnates que habian impulsado á Don Sancho por la rápida pendiente de la desobediencia y de la rebeldia, y poniendo en juego todos sus malos manejos hicieron desistir de sus buenos propósitos al Infante D. Sancho; pero tan dispuestos estaban padre é hijo á una reconciliacion, que acordaron nombrar dos personas que conferenciasen entre sí y propusieran los medios en que aquella podria verificarse.

La eleccion para este importante arbitraje no fue dudosa. Don Sancho nombró á Doña Maria de Molina su mujer, y Alfonso X á su hija Doña Beatriz; que tanta confianza le inspiraba su filial amor y su clara inteligencia.

Pero cuando se disponian ambas Princesas á dar solucion pacífica á las cuestiones pendientes entre padre é hijo, gravísima enfermedad acometió á Don Sancho, poniendo en tal riesgo su existencia que llegaron á deshauciarle los médicos. Por tan cierta é inevitable se tuvo su muerte, que no faltaron cortesanos ambiciosos, y de los que con mas empeño seguian su bandera, que juzgando se habian de congratuar con el Rey dandole la triste noticia, se anticiparon á participarle la muerte de Sancho, sin comprender aquellos ambiciosos, que nada hay para un buen padre superior á la vida y la ventura de sus hijos. Por ventura, como sucede con mucha frecuencia, los cálculos de los físicos salieron fallidos: D. Sancho recuperó inesperadamente la salud, á tiempo que la perdía para no recuperarla mas, su desgraciado padre.

Mas acabado de penas que de años (pues aun no habia cumplido 62), la enfermedad tuvo bien poco que hacer para destruir aquella existencia minada y combatida por el estudio y el infortunio. Bien lo comprendió el monarca, y apresurándose á disponerse para morir como cristiano, perdonando á su hijo y á todos sus enemigos, dió su último aliento al empezar la primavera de 1284. En aquel instante supremo y en medio del grupo que al rededor del lecho mortuorio formaban el Infante D. Juan y sus hermanos, sobresalia la noble figura de Doña Beatriz que recogió el postrer suspiro de su padre, despues de haberle asistido con esmero y sin igual cariño en aquella postrera enfermedad.

De este modo, y hasta los últimos momentos de su buen padre, dió Doña Beatriz elocuente testimonio de su filial ternura, dejando al morir en 27 de octubre de 1303 <sup>1</sup> digno ejemplo á magnates y reyes, que con harta frecuencia se creen dispensados de cumplir, las santas leyes, que Dios ha escrito con palabras de amor en el corazon del hombre.

<sup>1</sup> Fué sepultada en el Monasterio de Alcobaza en Portugal, donde hace pocos años se conservaba su sepulcro.